

aprender japonés

* Joaquim Fernández-Díaz



Hace un tiempo, en una charla sobre pastoral juvenil, el ponente nos propuso la siguiente comparación: "Cuando la Compañía de Jesús enviaba a un jesuita al Japón como misionero, y en tiempos había habido muchos que demandaban ser enviados allí (Arrupe por ejemplo), todos daban por supuesto que el requisito mínimo era que ese jesuita debía aprender japonés. Y pasaba el tiempo que fuera, preparándose, preparando la misión" Esto es algo evidente, todos asentíamos convencidos y nos parecía de cajón; aunque es también evidente que se trata de una lengua alejada de nuestros esquemas y hábitos lingüísticos, escrita con otros signos, con una fonética muy diferente... "Pues bien, –continuaba la comparación– nuestros jóvenes hablan hoy japonés." Y esta es efectivamente mi experiencia en el trabajo de la pastoral juvenil estos últimos años.

Durante veinticinco años he venido trabajando en esto que llamamos pastoral juvenil en diferentes contextos. Primero en la catequesis parroquial, como simple catequista y más tarde como responsable del equipo de catequistas. Después, en un movimiento universitario de ámbito diocesano (*el Moviment d'Universitaris i Estudiants Cristians*). Simultáneamente, como profesor de un colegio de la Compañía, he colaborado, y coordinado más tarde, en diversas tareas que tenían como protagonistas alumnos de secundaria y universitarios: clases de religión, catequesis extraescolar, catequesis de confirmación, animación litúrgica, retiros y convivencias, etc. Por ese mismo motivo he trabajado en centros de pastoral con grupos de posconfirmación, precomunidad, preCVX, etc.

Más allá de los tópicos, he ido observando a lo largo de los años que los sujetos de nuestra acción han cambiado y mucho. No es éste el espacio adecuado para teorizar o para hacer descripciones prolijas; hay mucha literatura escrita sobre el tema y puede consultarse con facilidad. Pero sí que observo un progresivo desencanto en muchos de nuestros compañeros que ante la inadecuación de los lenguajes que utilizamos, de las metodologías que seguimos, de la escasa respuesta que obtienen nuestras propuestas, etc. deciden tirar la toalla (ya soy mayor, hay que ser joven para estar con jóvenes, no es lo mío, yo sólo quería un voluntariado más o menos útil...)

Vivimos tiempos de desierto en los que parece que al joven no le interesa nada de lo que le proponemos, que nuestro discurso cae en saco roto, que no nos entienden (o no les entendemos), etc. Los peligros son evidentes: echar la culpa a los contextos laicizantes o materialistas, a las familias

**Si nosotros no les hablamos de Dios, ¿quién lo hará?
Si no posibilitamos que hagan experiencia de Dios, ¿quién los ayudará?**

Entiendo que esa tarea se convierte hoy en una urgencia histórica.

que no educan como antes; encerrarnos en procesos de pequeño grupo, minoritario y con frecuencia elitista, porque ya sabemos que eso de ser cristiano no es para todos; perder toda esperanza en las posibilidades de los jóvenes y vivir en resistencia, amargados y amargantes.

Sea como fuere es cierto que los contextos y los referentes han cambiado y no son los nuestros (aunque me pregunto cuáles fueron los nuestros porque tampoco tengo claro que fueran mejores o que nos ayudaran más). Sea como fuere no conectamos con las realidades y las expectativas de los jóvenes que, además, porque son jóvenes, distan de toda perfección o madurez. Sea como fuere no podemos y no debemos romper el hilo. Si nosotros no les hablamos de Dios, ¿quién lo hará? Si no reflejamos en obras y palabras a ese Dios que los ama desesperadamente, ¿quién lo hará? Si no posibilitamos, sobre todo esto, que hagan experiencia de Dios, ¿quién los ayudará? Entiendo que esa tarea se convierte hoy en una urgencia histórica. Con frecuencia discuto con mis compañeros de comunidad que deciden que sería deseable estar con los jóvenes, atenderlos, orien-

tarlos, iniciarlos; pero que a la vez deciden que no serán ellos quienes lo hagan: nadie quiere aceptar el reto. No se trata de jugar a crear cantera de comunidad, ni tan sólo de Iglesia. Se trata de humanizar, de hacer descubrir que en lo más íntimo de la persona hay una sed de sentido y que esa sed puede calmarse. Se trata de ayudar a descubrir que toda persona tiene una dimensión espiritual que, al margen de creencias concretas, hay que hacer crecer.

Pero nuestros jóvenes hablan japonés y yo mismo estoy perplejo y me siento, veinticinco años después, como al principio. O peor porque estoy viciado o acomodado en una maneras de hacer y en un lenguaje que no es el de los jóvenes. Por esa razón debo desaprender muchas cosas y reeducar mis espontaneidades. Muchos piensan que es tarde. Yo sueño con jubilarme asistiendo a cursos de formación, aprendiendo de nuevo lo más elemental. No es ingenuidad de quien no toca con los pies en el suelo. Se trata de algo que siento como una llamada, de Dios y de la realidad con la que convivo cada día. Desde hace dos años (desde que dejé el comité ejecutivo de CVX-E más o menos) estoy leyendo, asistiendo a charlas y cursos, rediseñando retiros, buscando nuevos lenguajes y nuevas formas de expresión. Y sólo sé que no sé nada. No me está resultando fácil. No tanto por el tiempo que hay que dedicar, ni por el esfuerzo que supone; tampoco por el cambio de hábitos y maneras que tenía cómodamente consolidados. Es más bien que voy dándome cuenta de

que fundamentalmente se trata de estar con los jóvenes muy desnudo. Desnudo de presunción de sabiduría y por tanto de afán de enseñar, convencer, mandar; desnudo de tiempos y ritmos preestablecidos (el tiempo de Dios es muy diferente al mío); desnudo de técnicas infalibles y definitivas (aunque es imprescindible aprender de nuevo, lo aprendido vuelve a ser provisional).

Voy dándome cuenta de que me falta, sobre todo, ternura; la ternura de Dios que ama desesperadamente a estos jóvenes. Cómo no los va a amar si son tan vulnerables; si están, en el fondo, tan perdidos; si les falta, precisamente, tanto amor de todos (de sus padres, más desorientados que ellos; de la sociedad que idolatra la juventud pero que excluye a los jóvenes del sistema; de nosotros que los estamos considerando imposibles). Son los preferidos de Dios. Con frecuencia hablamos de la opción preferencial por los pobres. Pues bien, yo creo que en estos momentos esta opción preferencial debe ser (aunque no exclusivamente) por los jóvenes. Y, sin embargo, me cuesta amarles, ser tierno con ellos, transparentar a Dios en mi relación con ellos. Suelo ser más bien juez, profesor, instructor. Me cuesta no ser el centro de atención, que se olviden de mí con facilidad, me cuesta aceptar que no dependen de mí. Qué queréis, alguien me dijo una vez que en todo pastoralista había algo de exhibicionismo, de afectos desordenados. El mismo nombre empieza a cargarme. La imagen del pastor y su rebaño, aunque muy evangélica, es incomible hoy en día. ¿Cómo leer el evangelio cuando el universo de símbolos, de lenguaje, de referentes socioculturales, etc. se hace ininteligible para la mayoría? Se me aparece como celebrar la misa en latín en la selva amazónica (las imágenes de la película La



Misión pueden parecerse épicas y quizá por eso admirables pero leídas con criterios actuales no dejan de ser una triste aculturación).

Creo que en nuestras comunidades, en "nuestros" centros de pastoral, debería hacerse una opción muy seria por los jóvenes. Y compruebo con tristeza que no es que los jóvenes se aparezcan hablando japonés a nuestros compañeros; es que los situamos en el Japón de hace un siglo, casi en otro planeta. No hay interacción, no hay encuentro, nosotros les hemos abandonado y ellos han aprendido bien esta lección. ¿Qué hacer? Confieso que, aunque soy un "profesional" del tema, no lo sé. Me aferro a la convicción de que debo hacerme como un niño, de que debo nacer de nuevo, de que, sobre todo, debo vivir más de fe. Pero a la vez procuro compartir con otros mi camino y con humildad tratar de aprender (en primer lugar de los mismos jóvenes). No soy pesimista, no puede ser pesimista quien se lanza a aprender japonés para responder con ambición (sana claro) y esperanza a la llamada de irse hasta el fin del mundo para ayudar a vivir del Amor.

* **Joaquim Fernández-Díaz** (Barcelona 1959). Desde joven en la **CVX Sagrada Familia de Barcelona**. Ha formado parte de diversos comités y comisiones en CVX-E. Trabaja en el colegio *Sant Ignasi* de Barcelona, como profesor, catequista y coordinador de pastoral de Bachillerato; colabora también en el *Casal Loiola* de la misma ciudad. Está casado con Rosa Monreal y tienen cuatro hijas de 22, 20, 17 y 12 años.